Elias, Glöd y el puente que hay que reconstruir



Mamá y papá

Este libro pertenece a

_____

¡Bienvenido a este libro de ejemplo! Está hecho igual que lo estará el tuyo, con las fotos y las elecciones que se muestran al lado, y enseña cómo puede ser un cuento de Saga para ti. Pasa las páginas, lee e imagina a tu hijo como el héroe de su propio cuento.

Detrás de la casa, el arroyo corría sobre piedras planas y bajo una raíz que parecía una nariz torcida. Elias buscaba palos rectos para la pared de su cabaña. Una cabaña necesitaba palos que se mantuvieran unidos, no palos que hicieran crac en cuanto los mirabas.

Entre dos piedras había algo redondo y grande. Era demasiado grande para ser un pájaro y demasiado cálido para ser una piedra. Elias puso las dos manos alrededor de la cáscara. Las motitas de cobre brillaron. Desde dentro llegó un sonido: crac. Después: crac, crac. Elias sostuvo el huevo sin moverlo. ¿Qué estaría a punto de salir al arroyo detrás de la casa?





Primero salió un hocico verde por la grieta. Después, dos ojos redondos, cuatro pequeñas garras y una cola que, sin querer, tiró una hoja. El pequeño dragón estornudó. ¡Puf! Tres anillos de humo gris flotaron sobre el agua y se engancharon en la punta de un junco.

—Glöd —dijo Elias.

El dragón miró los anillos, bajó sus alas como hojas y sopló otro, aún más pequeño. En el interior de la cáscara había tres pequeños picos y una fila de letras diminutas: Una cría de dragón debe estar en casa cuando el sol se ponga detrás de tres picos. Elias levantó la vista. Muy lejos, por encima de los árboles, había tres cumbres montañosas. El sol ya había empezado a bajar.

—El Monte Dragón —dijo—. ¡Ven!

El bosque detrás del arroyo era oscuro bajo los abetos, aunque el cielo de arriba aún estaba claro. Elias caminaba entre raíces que se arrastraban sobre el sendero. Glöd iba sentado en su hombro, agarrado a la costura de su camiseta con dos pequeñas garras.

En cada cruce, Glöd soplaba un anillo de humo. El primero se posó alrededor de una seta. El segundo silbó hacia un arbusto. El tercero salió disparado hacia arriba y desapareció.

—Mejor miramos la cáscara —dijo Elias, señalando los tres picos.

Buscó un hueco entre los árboles en la misma dirección. Entonces se oyó un bum, chap, bum más adelante. El suelo estaba lleno de enormes huellas redondas.





En la huella más grande flotaban tres agujas de pino y un escarabajo que remaba con todas sus patas. Elias puso su zapato al lado. Parecía una pasa. Glöd sopló un anillo de humo en el charco. El anillo volvió a subir, redondo y perfecto.

—Un gigante ha ido en la misma dirección que nosotros —dijo Elias.

Las huellas llevaban hasta los rápidos. Allí colgaba el puente entre los acantilados, con cuerdas tan gruesas como trenzas. En medio del puente faltaban varias tablas. El agua espumeaba muy abajo, y el borde del sol se había vuelto naranja. Elias apretó los labios.

—Prueba, mira, vuelve a construir —dijo—. Primero tenemos que arreglar el puente.

Elias se subió a un tronco caído y bajo, un poco alejado del borde. Desde allí veía todo el puente sin tener que salir a él. Las tablas que quedaban estaban sujetas con clavijas de madera y cuerdas. En el suelo había dos ramas rectas, una cuerda vieja y unas cuantas clavijas que debían de haberse soltado hacía mucho tiempo.

Glöd sopló un anillo de humo a través del hueco. Se deslizó justo entre las dos cuerdas laterales y se deshizo al otro lado.

—Tiene el ancho justo —dijo Elias.

Puso las ramas una junto a otra, las probó con la mano y empezó a atar. En el suelo fue creciendo un trocito de puente. Casi parecía una pared de su cabaña. Casi.





Elias apretó el último nudo. Después, él y Glöd empujaron con cuidado el trocito de puente hacia el hueco. Al principio se quedó quieto entre las cuerdas. Elias tuvo tiempo de pensar: Seguro que aguanta.

Entonces se dobló la rama más corta. Crac. La cuerda resbaló. El puente se retorció como un pez en un anzuelo y cayó con un chapuzón a los rápidos. Una cuerda bailó detrás como un gusano mojado. Glöd sopló un pequeño anillo de humo, pero se deshizo antes de que pudiera quedar redondo. Elias miró el sol. Ahora estaba junto a las copas de los árboles. Quería tirar de la cuerda otra vez, más y más fuerte. En lugar de eso, se sentó sobre el tronco caído y observó. Desde allí vio algo distinto.

En su cabaña, Elias solía hacer paredes con tres palos: dos inclinados y uno que los mantenía unidos. Un triángulo no se tambaleaba como una fila de palos. Sacó las dos ramas más largas y las colocó con las puntas una contra otra.

—Prueba, mira, vuelve a construir —dijo.

Glöd mandó tres anillos de humo hacia las cuerdas. El primero voló a través de un agujero vacío. El segundo se quedó enganchado en un nudo flojo. El tercero se dio la vuelta justo donde Elias sostenía el triángulo.

—¡Ahí!

Apretó el nudo, puso la última tabla y tiró con cuidado del soporte. Se quedó quieto. Al otro lado del puente, una entrada de cueva se abría entre las piedras.





Al otro lado del puente, el sendero entraba directamente en una cueva. A unos pasos de la entrada había grupos de cristales: finos como carámbanos, anchos como patas de silla, torcidos como dientes retorcidos. Estaban oscuros, aunque alguna punta conservaba un pequeño brillo cálido.

Junto a la pared había un cartel de piedra, casi cubierto de polvo. Decía: El aliento cálido de dragón despierta la luz de los cristales. No fuego. No antorcha. Solo aliento cálido. Más adentro, el pasadizo se curvaba y dejaba atrás toda la luz del día. Allí estaba negro como el interior de una caja cerrada. Pronto, alguna mano encontraría el cartel.

Elias dio un paso hacia dentro y no pudo ver ni sus propios dedos. Glöd soltó un chillidito y apretó su cálido costado verde contra el zapato de Elias. Elias palpó la pared hasta que sus dedos encontraron las letras del cartel de piedra.

—Aliento cálido de dragón —leyó.

Glöd miró su hocico y sopló un anillo de humo diminuto hacia un cristal. Elias ahuecó las manos detrás del hocico para que el calor no se escapara por todos lados. El cristal parpadeó una vez. Después brilló verde desde dentro.

—Prueba, mira, vuelve a construir —dijo Elias.

Glöd respiró más hondo. Un nuevo cristal se encendió más adelante. Luego otro. Pero el camino pronto volvía a girar.





Los cristales solo brillaban hasta donde llegaban los soplos cálidos de Glöd. Cuando Glöd necesitaba descansar, se quedaban quietos junto a un cristal azul que brillaba por un lado y amarillo por el otro. Elias contó hasta tres y señaló:

—Allí, allí, allí.

En la siguiente curva, un cristal estaba completamente cubierto de barro marrón. Glöd sopló, pero un triste anillo de humo cayó al suelo. Elias cogió una ramita y raspó el barro con cuidado. Ni demasiado hondo. Ni demasiado deprisa. Cuando la superficie brilló, Glöd la calentó con un pequeño soplido. La luz corrió por el cristal y mostró una salida estrecha. Afuera se veían tres picos rocosos. Pero ¿alguien allá arriba vería a Glöd?

Salieron justo cuando el sol parecía un disco naranja entre los árboles. Ante ellos se alzaba el Monte Dragón con sus tres picos. En la ladera había una abertura tan grande que casi podría haber entrado una nube volando.

Glöd se detuvo en el sendero. Sopló un anillo de humo hacia la abertura. Se volvió más y más fino y desapareció antes de llegar.

Elias sacó una de las mitades de la cáscara de huevo. Las motitas de cobre formaban tres picos, igual que la montaña. Junto al sendero sobresalían del suelo tres cristales: uno pequeño, uno mediano y uno alto. Elias se agachó.

—No tenemos que gritar —dijo—. Podemos construir algo que parpadee.





Elias colocó los cristales sobre una piedra plana: pequeño, mediano, alto. Como el Monte Dragón. Glöd calentó primero el pequeño. Después el mediano. Por último, el alto. Tres luces parpadearon en el crepúsculo, claras incluso desde muy lejos.

Algo se movió dentro de la abertura. Salió un gran hocico. Luego otro, y varias cabezas de dragones amistosos con ojos tranquilos. Una pata enorme se posó sobre la piedra junto a Glöd sin tocarlo. Glöd sopló un anillo de humo directamente hacia arriba. Todos lo vieron. Los grandes dragones respondieron con suaves soplos que hicieron brillar los tres cristales. Glöd corrió hacia ellos, pero se volvió hacia Elias y la cáscara.

Uno de los grandes dragones deslizó una escama sobre la piedra. Resplandecía en verde, cobre y azul, como el arroyo cuando el sol lo iluminaba. Glöd tomó la escama entre sus garras y la puso en la mano de Elias.

—Vivirá en mi cabaña —dijo Elias.

Se volvió hacia casa, hacia el puente, el bosque y el arroyo detrás de la casa. A su espalda se oyó un pequeño resoplido. Elias miró por encima del hombro. Glöd estaba junto a la abertura, con los grandes dragones detrás de él. De su hocico no salió ningún anillo de humo. Una pequeña llama firme se elevó rodando hacia el aire de la tarde y centelleó en la escama que Elias sostenía en la mano.



Elias, Glöd y el puente que hay que reconstruir

Elias encuentra un gran huevo caliente entre las piedras del arroyo detrás de casa, y de él nace Glöd: un pequeño dragón verde que solo sabe soplar anillos de humo. Antes de que el sol desaparezca detrás de los tres picos del Monte Dragón, deben arreglar un puente roto, despertar cristales en una cueva negra y demostrar que Glöd ha llegado a casa.

es-es.sagatilldig.se